



**Secretaría de Estado de Cultura**  
**Premio Anual de Literatura Infantil 2007**  
**“Aurora Tavárez Belliard”**

# La verdadera historia de Aladino

*Marcio Veloz Maggiolo*

INFANTIL



D.R. © 2007, Marcio Veloz Maggiolo

D.R. © De esta edición:

2008, Editorial Santillana, S.A.

Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Apartado Postal 11-253, Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono: 809-682-1382, Fax: 809-689-1022

Las sedes del Grupo Santillana son:

Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica,  
Ecuador, El Salvador, España, Estados Unidos,  
Guatemala, Honduras, México, Panamá, Paraguay, Perú,  
Puerto Rico, República Dominicana, Uruguay y Venezuela.

ISBN: 978-9945-19-604-7

Registro legal: 58-347

Impreso en República Dominicana

© Ilustraciones de cubierta e interiores: Jovanny Silberberg

Tercera reimpresión: agosto 2013

Cuarta reimpresión: abril 2016

Quinta reimpresión: marzo 2017

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, ni transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

La verdadera  
historia de Aladino





Cuenta la historia del sultanato de Alharma que, mientras gobernaba el sultán Amenábar y en momentos en los que la religión creada por Mahoma se extendía, un grupo de beduinos decidió enfrentar al gobernante e imponer el nuevo credo de manera violenta. El sultán Amenábar fue decapitado, sus ayudantes ahorcados frente a la mezquita principal, y el primero de los abderramanes se instaló como mandatario. Se prohibió hablar, fabular historias, escribir y comentar en las casas de familia y en los templos sobre la muerte del antiguo gobernante. De este modo se buscaba eliminar para siempre la memoria, decapitar también el pasado, y hacer creer a los nuevos habitantes nacidos en el sultanato que los abderramanes habían gobernado siempre como los dueños de Alharma.

Se dice que un hijo de Amenábar escapó de la matanza y que, escondido en las montañas, terminó

dedicándose al comercio de pieles y alfombras, pasando luego al oficio de ladrón de caravanas. Niño de sólo cuatro años, fue salvado por un viajante que, violando las prohibiciones, le narró la historia de sus predecesores. El nombre del viajante era Sifar, quien lo entregó como prenda a un tal Alí Babá, personaje famoso por sus grandes asaltos.

Cuando murió Alí Babá, el ya para entonces muchacho retornó a Alharma, sin jamás decir que era descendiente de los viejos mandantes y se convirtió en uno de los más temibles asaltantes de caravanas. Sus objetivos eran principalmente las cargas y negocios de los abderramanes en el poder.

Se cuenta que este muchacho, valiente y arrojado, llegó a tener una banda de ladrones de camino y poseía una gran fortuna que todos desconocían. La tradición ha recogido la noticia de que de cada uno de los asaltos guardaba una parte para sí y repartía el resto entre sus ayudantes.

Como amigo del ladrón más famoso de la historia, admiró su método y su fortuna. Casó con una vendutera llamada Asisa. Vivieron al parecer no tan pobremente porque Asisa tenía un puesto de venta de dátiles, higos, alfombras llegadas de Irán y animales desconocidos en aquellos lugares, como las mangostas azules y los halcones de cuatro patas. Lo cierto era que el futuro padre de Aladino al parecer tenía riquezas que



administraba con sumo cuidado para evitar ser decapitado y, además, para esconder su verdadera identidad de bandido del desierto. Ahora la leyenda asegura que por tales razones Asisa podía vender esas rarezas y que cuando preguntaba a su marido de dónde las sacaba, éste contestaba que tenía amigos importantes a los que había hecho favores que pagaban con creces.

Otra historia cuenta que el padre de Aladino guardaba de Alí Babá recuerdos muy queridos y que sabiendo la historia de sus ascendientes y de los tesoros robados por los abderramanes en el poder, comenzó a acumular riquezas en lugares secretos, pero que nunca pudo decirle a su hijo dónde las guardaba. Muerto a pedradas antes de que pudiese entregar a su hijo la fortuna acumulada y de explicarle el futuro de la misma, la pobreza se apoderó de Aladino y su madre, quienes pasaron grandes penurias.

Durante esos años tempranos, Aladino fue una especie de ladronzuelo que llevaba a la casa comida y objetos robados. Pero el destino guió un buen día sus pasos y así comenzaría otra historia cuando, casi sin darse cuenta, se hizo rico y poderoso de la noche a la mañana.

Veamos, o mejor, leamos la historia que contiene sus aventuras. Sepamos que hay muchas historias de Aladino y que ésta, según creo, es la verdadera.





El gran sultán Abderramán el joven, llamado así porque había heredado a los doce años el trono y porque ahora tenía sólo dieciocho, se sintió preocupado cuando le dieron la noticia. Pataleó lleno de ira y, llamando a sus súbditos desde el balcón, ofreció un manto bordado con estrellas de segunda mano a quien pudiera traer noticias precisas de lo que había pasado. Nadie osaba en su territorio edificar nada sin que lo supiera. Su oficina de construcciones, situada en su mismo palacio, nunca había recibido solicitudes para un permiso de esa categoría. Sin embargo, la vivienda en la que residía un tal Aladino, igual de joven que él, era un palacio surgido de la noche a la mañana, con extensas dependencias que parecían ampliarse de momento en momento.

Envueltas en un silencio luminoso, las torres se habían elevado dejando caer goterones que se transformaron en lagos llenos de cisnes y peces de colores brillantes. Un mundo multicolor, ajeno a cualquier forma





de desierto, parpadeaba ante los ojos de los parroquianos. Pavos reales con manchas parecidas a luceros revolotearon como salidos de la bruma, imitando, tal vez, el baile suave de mariposa, y luego, con elegancia de aves monárquicas, se pasearon con sus colas que imitaban abanicos florecientes, los que al moverse manchaban la brisa dejando en ella huellas verdes y negras, como la decoración del animal. Las arboledas, también silenciosas, emergieron desde una oscuridad que fue haciéndose verde, hasta completar un bosque dentro del desierto. Los claroscuros transformaban en sombras chinescas las frondas. Desde entonces se oyó una risa que, al cruzar sobre el arenal, golpeó en las orillas de los oasis despertando a los camelleros y cargadores de dátiles maduros y listos para ser llevados a las ciudades donde serían transformados en confituras. Las palomas mensajeras iban y venían desde sus jaulas de junco, girando durante horas, enloquecidas con aquella risa que no se sabe si despertaba en ellas terror o una alegría inusitada. Sin dudas el mundo estaba cambiando.

Los campesinos de Alharma detuvieron su trabajo temprano en los pocos lugares en donde, por mandato de Alá, el agua fluía; y vieron crecer, asombrados, los muros, las almenas, los inmensos ventanales y la torre en forma de aguja, que parecía punzar el ombligo acuoso de las nubes que escapaban del desierto hacia los nuevos manantiales cercanos, aumentado su caudal.

Iban en rebaño a sacudir su pelambre acuosa, como si fuesen llamadas por algún pastor celeste con el poder de hacerlas derretirse en cuanto llegaban al charco, o a los lugares donde los peregrinos necesitaban de aquel líquido divino para todos.

Benajamid, el soñador contratado por el sultán, despertó asustado, porque había visto en sueños a una bella y ambiciosa mujer que deseaba llegar un día a ser sultana. Esa mujer no pertenecía al harén de los abde-ramanes. Además, era mujer de edad. ¿Cómo una mujer ya envejecida podría competir con las bellas odaliscas del sultán y, saltando sobre ellas, hacerse la dueña del lugar? Así lo había soñado. Pensó que a veces hay sueños erráticos. Pero casi nunca sus sueños lo eran. Eso le parecía peligroso, porque detrás de cada mujer ambiciosa se esconde un hombre con las mismas intenciones.

Los sueños de Benajamid casi siempre se convertían en realidad y pensó en ir al palacio del sultán para narrarle lo que había soñado. ¿Pero se sentiría bien el joven sultán con un sueño que, posiblemente, hablaba de un cambio radical en sus posesiones y de nuevas aventuras que pudieran ser peligrosas para el reino? Benajamid podía soñar, pero no era un buen intérprete de sueños, como lo era Ibrahim, el brujo del sultán, a quien, con razones, temía.

En ocasiones, cuando el sultán deseaba de sus sueños para tener noticias que de otro modo eran impo-



sibles de obtener, lo llamaba, y el pobre Benjamid viajaba a pie o en el asno esquelético de un vecino, con su bolsa al hombro y una cabra lechera traída de Anatolia. Esperaba durante varios días en las afueras del palacio hasta que el ocupado sultán terminaba sus extrañas faenas, entre las que se encontraban la crianza de gigantes mariposas, tan grandes como un elefante, la cacería de luceros y estrellas, y el cambiar el color de las arboledas que había logrado levantar en su territorio, usando las palabras mágicas que Ibrahim, su mago de turno, le había enseñado a pronunciar.